la obra divina de su santificación: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos*[1]. *Qui vos audit, me audit*[2]. Ora en la cátedra de verdad, ora en el tribunal de la misericordia, ora en el altar del sacrificio, es Jesucristo hablando, perdonando, sacrificando, investido de la misma autoridad y cubierto de la misma majestad. Y por eso San Ignacio de Antioquía decía á los fieles de su Iglesia: «Respetad al obispo como á Jesucristo.»

Razón, pues, tenéis, señores, para congratularos de tener desde hoy como padre de vuestras almas á un varón formado según el corazón de Dios, que sabía desempeñar cumplidamente tan sagrados deberes. En él hallaréis la ciencia del maestro, el amor del padre y la energía templada por la prudencia del defensor de los derechos de Dios. Centinela del reino de las almas, encargado de responder cada mañana al ángel que vela por esta Iglesia; *custos, quid de nocte?*[3]: ¿qué habéis visto en las tinieblas de la noche? Él sabrá defenderos y protegeros aún con peligro de su vida, pues el buen pastor da la vida por sus ovejas.

Congratulaos también vos, Reverendísimo Señor, por la distinción altísima con que os ha favorecido el Divino Maestro, eligiéndoos como á los apóstoles entre todos los miembros del clero argentino para regir esta ilustre Iglesia. Pesada es la carga que Dios pone hoy sobre vuestros hombros, pues, si es fácil dar rumbo al bajel en el océano, es muy difícil gobernar los libres movimientos de las almas sin ningún género de violencia y haciendo amar la mano que las conduce. Pero vos sabéis que el amor á Dios hace ligera toda carga y dulce todo sacrificio.

Espinas más que flores siembran casi siempre nuestro camino; pero es grato recordar que en el orden moral el

[1] Jo. 20, 21. [2] Luc. 10, 16. [3] Is. 21, 11.

sufrimiento es el secreto de las grandes cosas y la fragua en que se modelan los héroes y los santos. Tendréis enemigos, porque los tiene la Iglesia y porque, como representante de Jesucristo, el obispo deberá ser, á semejanza de su maestro, un signo de contradicción: *signum cui contradicetur*[1]. Pero Dios ha puesto en vuestra aljaba dos flechas que han sabido siempre vencer: la caridad y la paciencia. Á la guerra del odio injusto responded con la guerra del amor: *Amor jacula valentes reddat*[2].

Además, contáis en vuestro auxilio con el robusto apoyo del ilustre episcopado, y vuestra cátedra resplandece con las luces y virtudes del venerable senado metropolitano, que mirará como propios vuestros trabajos y vuestras penas.

Un clero ilustrado y celoso os rodea, pronto á cumplir vuestras órdenes. Numerosas congregaciones consagradas á la oración y á la penitencia, á la enseñanza y á la predicación y á remediar todas las necesidades sociales, son otras tantas piedras preciosas que embellecen vuestro trono.

Os deseo ante todo un gobierno de paz y de mucha paz: *Pax multa!* Es éste mi lema y mi ley. Formulé este programa en el día ya lejano de mi consagración y pedí á los míos que, si lograba cumplirlo durante mi vida episcopal, me recompensaran grabándolo sobre la humilde piedra de mi tumba. ¿Qué extraño será entonces que hoy repita el credo de toda mi vida y que al sentir de vez en cuando con amargura de mi alma rumores alarmantes, alce la voz, aquende y allende los Andes, y pida con todas mis fuerzas una y mil veces, paz y mucha paz: *Pax multa diligentibus legem tuam*?

¿Qué cosa más propia se puede imaginar que el que los ministros del Dios de la paz pidan ardientemente al

[1] Luc. 2, 34. [2] *S. Greg.*

cielo el don precioso que nos trajo al nacer el Divino Salvador? Mas, lo que hoy se llama paz armada no es la paz cantada por los ángeles sobre el portal de Belén, ni la anunciada á los hombres de buena voluntad. La paz armada es la ruina de las más poderosas naciones en Europa y en América. Ella consume en elementos de destrucción y de muerte los elementos de riqueza que Dios nos ha dado para progreso y vida. Los siglos venideros mirarán con asombro al siglo que ya termina bajar al sepulcro, cubierto de acero y de hierro y escoltado por millones de soldados, como si la guerra hubiera sido la gran preocupación de su vida. No; jamás resuene en nuestras valles el clarín guerrero; jamás nuestros campos se vean bañados en sangre de hermanos; jamás piense el mundo que hemos roto los dulces vínculos con que estrechamente nos unen el origen, la fe, el lenguaje y toda nuestra historia patria.

Que se dispersen cuanto antes nuestros ejércitos; que se reduzcan nuestras escuadras; que vuelvan á la agricultura y al trabajo tantos brazos lozanos que reclaman con urgencia la industria y el comercio. Que se empleen en elementos de progreso y bienestar, en templos y hospitales, en colegios y asilos, en caminos y puentes, en ferrocarriles y telégrafos, las ingentes sumas que sin razón, á mi juicio, se invierten en aprestos bélicos.

Todo se conseguirá sin duda reinando entre nosotros la caridad cristiana y observando todos la divina ley, sin olvidar jamás que somos hermanos. Toca ante todo á los ministros del Señor, el excitar en los pueblos ideas de fraternidad y de paz, inclinándolos á buscar en el terreno de la justicia y del amor la solución tranquila de las dificultades que pudieran suscitarse por intereses de bien poca valía. Empero, si para conseguir la deseada paz exige Dios algún sacrificio; si una vez más se ha de cumplir esa

exigencia fatal de la historia, esa ley tremenda de la civilización y del progreso; si es menester sangre, oíd, hermano venerado, oíd el voto más ardiente de mi corazón: estrechamente abrazados al pie del altar, ofrezcámonos hoy ambos como víctimas; que sobre nuestro cuello caiga el golpe, repitiendo con el anciano Matatías: «¡Morir primero, antes que ver la desolación de nuestro pueblo!»

Mas ¿qué estoy haciendo, señores? Dispensadme. Soy obispo, pero el amor á la patria me entusiasma y me trastorna.... Lejos de aquí, ideas lúgubres; no vengáis á enturbiar estos momentos de común felicidad y justísima alegría....

Subid, pontífice augusto, á esa cátedra ilustre que acaba de despojarse del crespón de la viudez para recibiros engalanada como el día de sus más solemnes fiestas. Subid á esa cátedra á que os conducen como de la mano la voluntad de Dios, la designación del Pastor de los pastores, la veneración de vuestro clero y el amor del pueblo.

Que vuestro gobierno sea glorioso y que vuestras obras sean eterno monumento de vuestro celo pastoral. Que vuestra mano sea firme, *firmetur manus tua;* que vuestra diestra se alce para bendecir, *et exaltetur dextera tua;* y que la justicia y la sabiduría sean el adorno de vuestra sede episcopal, *justitia et judicium præparatio sedis tuæ*[1]. Que se prolongue vuestra vida para felicidad de la grey; y, si nuestras costumbres presentes lo permitieran, resonarían en este instante, como en otro tiempo en Hipona, las aclamaciones en esta augusta asamblea, repitiendo conmigo: *Ad multos annos!* Esta extraordinaria y escogida reunión ¿no es acaso un coro unísono, un grito de amor, un himno, un voto, una aclamación tierna y afectuosa del episcopado,

[1] Ps. 88, 14. 15.

del sacerdocio y del pueblo pidiendo al cielo que conserve por largos años al digno heredero de los Escolantes y Ancyras y que le ofrece con entusiasmo amarle y venerarle como á padre y pastor?

Alcemos pues todos nuestras voces al cielo y entonemos con santo júbilo el himno sagrado con que la Iglesia agradece los grandes beneficios: *Te Deum laudamus.*

CARTAS
DE Y Á S. S. LEÓN XIII Y SUS RESPUESTAS, CON OCASIÓN DEL VIAJE DEL RMO. SEÑOR CASANOVA Á BUENOS AIRES.

(Traducción.)

LEÓN XIII, PAPA.

Venerable hermano, salud y bendición apostólica.

TODO lo que has ejecutado, no hace mucho, cuando te dirigiste á Buenos Aires con el objeto de imponer el sagrado palio al nuevo arzobispo de aquella Iglesia, Nos ha colmado de singular placer, como quiera que todo ello correspondía completamente á Nuestros deseos. En efecto, representante como somos en la tierra de Aquel que es Príncipe de la paz y que la dió al mundo á costa de su sangre, nada estimamos más y nada creemos más propio de Nuestro ministerio que promover por todos los medios la unión de las naciones y alejar de los hombres los males de la guerra. Por esta razón, con todo nuestro afecto paternal deseamos y encarecidamente pedimos que los distinguidos pueblos argentino y chileno se unan entre sí amigablemente y que el litigio que hay entre ellos pendiente termine con la prudencia y buena voluntad de los gobernantes de ambas repúblicas, absteniéndose de la violencia de las armas. Continúa, pues, con constancia, venerable hermano, lo que con tanta felicidad has principiado